



cinematográfica. Y de cuando en cuando, con una periodicidad que casi podría estudiarse como fija, hay rumores de golpe de Estado: esta misma semana, también. Con lo cual se nos vuelve a dar la medida de lo posible, el condicionamiento a que estamos sometidos, la leyenda de que si somos malos volveremos al pasado, o aún peor. Y flota sobre nosotros la amenaza de que nos adscribamos enteramente a un mundo occidental —a una política de Carter— que nos podría llevar a la destrucción en el caso de una guerra. Se nos definen amigos y enemigos.

PUEDE ser que la palabra "desencanto" sea etimológica, semánticamente mala, para denominar el conjunto de estas percepciones. Pero quizá no merezca la pena inventar otra. Si se añade que los partidos de la oposición no colman las necesidades de muchos de los que esperaron en ellos, que el Parlamento está tapinado y que las vías de expresión se cierran cada vez más, y que hasta los ciudadanos aislados vuelven a tener miedo de expresar sus opiniones en público, porque pueden ser castigados de una forma visible o invisible, encontraremos que la capacidad del ciudadano de expresar su protesta y de influir y participar en la dirección de la nación va teniendo cada vez menos cauces.

LA admisión de que esto es mejor que aquello es lo que nos podría llevar a una determinada resignación. El optimismo panglossiano de considerar que estamos en el mejor de los mundos posibles nos llevará no ya a perpetuar la situación, sino a dejar que se deteriore un día tras otro.

EL desencanto es, aquí y ahora, una forma de respuesta. Una forma de salirse de un juego que no se acepta. Es, si se sabe percibir su formulación, su condición de resistencia, su negativa a la trampa, una posición positiva. Discutir si su nombre es adecuado o no, no pasa de ser un bizantinismo. Culpar a la víctima por ser víctima puede llegar a ser una maldad filosófica. El desencanto es un fruto de la comparación de la realidad consigo misma, y el enmascaramiento de la realidad sobre la base de que todo podría ser peor, o de que todo tiempo pasado fue peor es uno de los peores errores políticos.

ES indudable que, dentro de ello, hay dos corrupciones dentro del desencanto. Una, su utilización por los pasadistas, convertidos en futuristas, con fines meramente subversivos. Otra, su aceptación en aras de la comodidad: "No se puede hacer nada... Todo es inútil", que es una explotación de los meramente actualistas —es decir, de la emanación de UCD— como muro de contención a sus críticos. Son dos actitudes que hay que conocer y que hay que analizar continuamente. Pero el rechazo a la situación actual en el que nos desenvolvemos, la negativa a creernos que somos espejos del mundo, aunque nos lo digan Carter y Smidt, la negativa a aceptar un cambio porque irremediabilmente sería a peor, pueden formar parte de la crítica del desencanto. Aunque se ponga de moda. ■

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

LA LLAMADA DE GUINEA

LA preocupación de Guinea Ecuatorial de que se le instale una televisión antes de tener energía eléctrica da a entender que sus nuevos dirigentes uniformados tienen una amplia visión del futuro; sus ruegos de que esa televisión la instale España significa realmente una fe ciega. Sobre todo, en la capacidad y resistencia de su economía. Materia en la cual también quieren aprender de España. El primer paso para su restauración ya está dado: el joven comisario (ministro) de Información que nos visita ha expresado su esperanza de que regresen los antiguos propietarios españoles para devolverles su tierra. La añoranza de la colonización es altamente loable. La visión política de los nuevos guineanos parecería singular, pero, en realidad, es plural. Otros políticos de países independientes, como Carter o el canciller Schmidt, no cesan de elogiar a España como modelo. Es una pena que el miedo al desempleo local impida a Carter reclamar para los Estados Unidos a nuestros expertos en televisión, en turismo y economía para reconstruir su país, o devolver las tierras del Sur que fueron colonizadas por españoles a quienes tengan hoy derecho a ellas. Reconstruir un país como Estados Unidos sería una tarea a la medida de nuestras fuerzas. Después de todo, no hace mucho que les hemos enviado filósofos, como Santayana; oftalmólogos, como Castroviejo, o músicos, como Pablo Casals.

En tanto otros países se abren a nuestra genialidad, Guinea ofrece un buen campo. Quizá ese país amigo tenga mucho que ganar con nuestra ayuda. España, en cambio, puede desangrarse en esta nueva entrega de su sangre ubérrima, como ya hizo con América. Es un riesgo que perdamos algunos de nuestros programadores y economistas de televisión, algunos de los presentadores, de los inventores de "espacios"; como es un riesgo que emigren a Guinea, deseosos de salvar la civilización occidental que representan, algunos de nuestros empresarios, de nuestros patronos, a los que quizá sigan hasta allí mismo ciertos de los líderes sindicales que ya les conocen para establecer inmediatamente acuerdos-marco, convenios colectivos o pactos sociales.

¿Qué haríamos aquí sin todos ellos? Si se nos fueran nuestros grandes periodistas de la derecha para fundar no ya el periódico que se les ofrece desde aquí, sino dos, como pide el comisario, ¿quién denunciaría aquí la pérdida de valores morales, el caos, los riesgos de la noche o la plaga del divorcio y el erotismo? Pero comprendemos que todo eso está haciendo gran falta en Guinea Ecuatorial. De otra forma, podrían perderse en una moral materialista, en una economía sin sentido, en un país sin una televisión que marcara cada hora el más claro sentido de la vida del hombre. Véyanse todos; los que nos quedemos, que no tenemos ese brillante y maravilloso espíritu de sacrificio, ya nos iremos arreglando sin ellos. Pueden llevarse toda clase de técnicos. Incluso, si lo necesitan, algún ministro; si el caso llegara, el Gobierno entero, con su presidente. España es así: no repara en sacrificios, en entregar lo mejor de que dispone, para ayudar a un país que necesita ayuda y que habla la gran lengua de Fraga Iribarne y de Cervantes. ■

POZUELO